

JOSÉ MARÍA BALLESTER - Ex director de Patrimonio Cultural del Consejo de Europa.

*“El patrimonio cultural de los pueblos”*

La noción de patrimonio cultural y natural, entendido ya como una “inteligencia” del territorio, integra en una misma dinámica los bienes culturales, los bienes naturales, el paisaje y los saberes, tradiciones o formas de vida de los propios ciudadanos.

Se trata de un concepto que se desarrolla con fuerza en el presente momento histórico y que parece llamado a jugar un papel importante en el proceso de mutación social que vive la humanidad. A escala universal, este proceso está marcado por la globalización de las relaciones económicas, la movilidad social y el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información. A nivel europeo, por la apertura de los países de Europa Central y Oriental y por el proceso de construcción y de unidad europeas, con veinticinco Estados integrados en la Unión Europea que, pronto, se dotará de una Constitución propia.

Son fenómenos que tienden a forjar una sociedad uniforme, a transmitir modelos de comportamiento estandarizados, con repercusiones muy importantes en las conductas y en los comportamientos, tanto individuales como colectivos. Y que plantean en términos nuevos, como han señalado expertos de la UNESCO, nociones tan esenciales como la noción de bien común, la noción de espacio o “res publica”, en el sentido general mundial.

Frente a ello constatamos la tendencia a la afirmación de las identidades individuales, o un deseo de profundizar la identidad local y regional, al respeto de las minorías culturales. Una tendencia que reivindica con fuerza el derecho a la diferencia y proclama la diversidad como clave de convergencia. Por otra parte, asistimos en nuestro propio cuerpo social a la irrupción de identidades y de culturas diferentes, traídas por ciudadanos de otras latitudes que, al hilo de la movilidad social, se van incorporando a los sistemas productivos de los países más desarrollados.

Más que una sociedad multicultural, tenemos ya en Europa una sociedad multirracial, multiétnica y multirreligiosa que no tardará en ser mestiza. Y que plantea de forma diferente las relaciones identidad-territorialidad.

En ese contexto, la noción de patrimonio cultural y natural cobra un relieve especial, ya se trate de valores inmateriales -de orden espiritual, ético o intelectual- ya, de valores materiales, de orden cultural, histórico, artístico, etnológico, paisajístico ... Son valores que, bien entendidos, suscitan en los individuos y en las colectividades un sentimiento de pertenencia común. Constituye un espacio de conocimiento y de reconocimiento mutuo, un espacio de diálogo, de acercamiento y de aceptación del otro. Mal entendidos, sin

embargo, esos valores pueden ser utilizados con fines de exaltación identitaria o nacionalista e, incluso, inducir al conflicto, fomentando esos brotes de xenofobia y de violencia que sufrimos con alarmante frecuencia.

Por eso, se han multiplicado los textos y las declaraciones que confieren al patrimonio una nueva dimensión política. Quizá, la más llamativa de esas declaraciones sea la efectuada por los Jefes de Estado y de Gobierno de los Estados Miembros del Consejo de Europa, al finalizar la cumbre de Viena en 1993, cuando afirmaron que la construcción de un nuevo espacio de seguridad democrática sólo sería posible sobre la base de cuatro grandes pilares : el Estado de derecho, las democracias parlamentarias, la universalidad y la indivisibilidad de los derechos humanos y la conciencia de un patrimonio cultural común, enriquecido por su diversidad.

Todo ello sitúa al patrimonio cultural en el centro de una dinámica nueva : las políticas de patrimonio, centradas antes en el “cómo” conservar los bienes culturales, se plantean ahora el “por qué” y el “para qué” de esas políticas.

Esa dinámica nos lleva a plantearnos cuestiones también nuevas, de orden ético y deontológico : la percepción, por ejemplo, que de esos bienes tienen los ciudadanos, la forma en que se produce la mediación entre esos bienes y la sociedad o la manera en que son utilizados para interpretar la propia historia. Aspectos, éstos y muchos más, que se sitúan en la raíz misma de los sistemas educativos y de los programas pedagógicos. Baste recordar algunos cuya consideración parece fundamental : el fenómeno de la “desterritorialización” progresiva de los bienes culturales en la medida en que van adquiriendo una dimensión universal, la inteligibilidad de esos bienes por parte de las nuevas generaciones y de la sociedad multicultural, y su potencialidad como factor de cohesión social y de entendimiento entre los pueblos y entre los individuos.

En la respuesta a estas cuestiones se encuentra una apuesta pedagógica de gran calado: cómo transmitir, cómo hacer inteligibles, cómo interpretar en clave universal esos bienes que constituyen el patrimonio de cada pueblo y, al mismo tiempo, nuestro patrimonio común. Se hace necesaria una nueva lectura, una reapropiación emocional, una reinterpretación de los bienes culturales. Pero también la reactivación de culturas que han ido desapareciendo de los sistemas educativos y que privan a las nuevas generaciones de claves fundamentales para comprender su propia identidad y, sobre todo –en un momento histórico como el actual, donde tanta importancia tienen el diálogo intercultural, el diálogo interreligioso, el diálogo intercomunitario- para comprender y para aceptar la identidad del otro.

La cultura de las religiones, la cultura de la filosofía, la cultura de la historia, la cultura del humanismo, la propia cultura de la naturaleza y del paisaje, la cultura de la paz, en definitiva, vividos en clave universal, son vectores importantes para forjar, en los sistemas educativos, esa sociedad humanista basada en la solidaridad y en la justicia que puede llevarnos a elaborar esa utopía del tercer milenio, tan necesaria cuando ya se perfila una nueva sociedad.

El Camino de Santiago, en las diferentes y múltiples lecturas que ofrece al ciudadano actual, en su condición de vía de peregrinación ininterrumpida durante más de diez siglos, se nos presenta como uno de los paradigmas de lo que debe ser esa nueva sociedad : el itinerario de ciudadanos y de ciudadanas venidos de horizontes muy diversos, que se funden en un mismo impulso, comparten esfuerzo, solidaridad y comprensión en búsqueda de un mismo ideal.